Teléfono 531.

EL HERALDO DE MADRID

Teléfono 531.

25 ejemplares, 50 céntimos.

DIARIO INDEPENDIENTE

Número suelto, 5 céntimos.

Año I

SUSCRIPCIÓN (Pago adelantado).
Madrid: Un mes, una peseta.—Provincias: Trimestre, 5 pesetas.—Antillas españolas y naciones convenidas, 10 pesetas.—Portugal: Trimestre, 8 pesetas.—En los demás países: Trimestre, 15.
La correspondencia al Director.—No se devuelven originales.

ADMINISTRADOR: DON MARIANO DUEÑAS GÓMEZ

Martes 4 de Noviembre de 1890.

PRECIOS DE LOS ANUNCIOS.
Diez céntimos línea en cuarta plana. Se reciben hasta las cinco de la tarde en la Administración, San Bernardo, 11, y en el Almacén de papel de los Sres. Gallego y C.ª, Cor. San Jerónimo, 2.

Núm. 7

MEMORIAS DE UN EMPRESARIO

EXPLICACIÓN PRELIMINAR

Al lector.

No sé á punto fijo cuando fué: quizás hará de esto cinco años.

Estábamos en el campo, á la sombra de unos chopos, tendidos sobre la hierba. El Jarama se deslizaba á nuestros pies monótono y triste; hacia mucho calor, los pájaros habían enmudecido y las cigarras entonaban su himno al sol.

Se habló de todo, de teatros, de política, de hombres, de mujeres. Felipe y yo charlábamos por los codos. El lugar era apacible, tranquilo, perfumado, fresco: hartos de cazar, aquel sotillo nos pareció un oásis.

De pronto la narración de Felipe se hizo triste; se había quitado los lentes, y su mirada de miope vagaba sin fijeza por ese encaje milagroso que forman las hojas de los árboles.

—Si vieras—me dijo—qué negra tengo el alma, y qué desengañado estoy de la vida...

—¿De veras?—le interrumpí.

—Ya lo creo. Cuando tantas veces digo maldita sea mi suerte! es porque, créemelo, tengo razón para ello.

Y entonces me hizo su autobiografía, llena de incidentes, de cosas extraordinarias, de detalles picantes. Todo se mezclaba: chismes de bastidores, recuerdos de pasadas conjuras, anécdotas de barricadas, apuros de personajes, sacrificios de mujeres, ¡qué sé yo! un mundo nuevo, algo muy sentido y muy bien contado.

—¿Por qué no escribes tus memorias?—le dije.

—No sé si sé escribir.

—Dicta a alguien, y tén la seguridad de que esa historia de tu vida será consultada por los autores que quieran retratar la vida española contemporánea.

Felipe se puso los lentes, y tumbándose sobre la yerba, exclamó: «¡Quien sabe! Tal vez algún día escriba esto mismo que te he contado.»

. . . . . .

Hace unos cuantos días me sorprendió agradablemente Ducazcal entregándome un paquete de cuartillas.

—Lee eso—me dijo.

Yo lo leí, y sin darle mi opinión, envié las cuartillas á las cajas.

Es la misma narración que tanto me asombró en el soto del Jarama. Yo, ¿qué he de decir? Oigan ustedes, que hable Felipe, y ustedes dirán si tengo ó no tengo razón.

Y concluyo pidiendo perdón á los lectores y á Felipe por la mala pasada que le he jugado.

RAFAEL COMENGE.

PRINCIPIAN LAS MEMORIAS

Capítulo primero.

Cómo se decidió mi suerte en una farmacia.—El primer número de *La Correspondencia de España*.—Mis ideales de ser boticario.—Gorro y tertulia.—Por qué me aficioné á la política y al teatro.—Impresiones revolucionarias.—El manifiesto de Prim.—Cómo lo tiramos á puertas y ventanas abiertas.—La imprenta oficial de la revolución.—Me nombran jefe de la *claque* del teatro Real.—Quieren prenderme en el paraíso.—Alboroto.—Me llevan á hablar con la reina.—La escena en el antepalco regio.

En una farmacia se decidió mi suerte. Esa suerte que tantas veces maldigo al cabo del día, y no sin razón, como se ha de ver en estas memorias.

Era yo muchacho, y estudiaba latinidad, sin perjuicio de ayudar lo que podía en la imprenta de mi padre. Así es, que al salir de las clases me ponía una blusilla azul y componía de cajista. Mi padre me hizo aprender todas las operaciones de la imprenta: á tirar en la máquina, á marcar, y hasta servía yo á los cajistas llevándoles botijos de agua.

Por cierto que en aquel entonces marqué yo el primer número que se tiró de *La Correspondencia de España*, y tan á satisfacción lo hice de D. Manuel María de Santa Ana, que me dió de propina una peseta en cuartos, en piezas gallegas por más señas, y el primer cigarro que fumé en mi vida. De modo que llevo de fumar los mismos años que *La Correspondencia de España* de publicarse.

Nuestra imprenta estaba y sigue situada en la plaza de Isabel II, y frente á ella había la botica de D. Quintín Chiarlone, liberal consecuente, hombre de grandes simpatías y claro talento, cuya oficina era punto de reunión de artistas, profesores del Conservatorio, sabios, escritores y políticos de tilla. Allí acudían don Pascual Madoz, D. Pedro Calvo Asensio, D. Bonifacio de Blas, D. Joaquín Aguirre, Sarmiento, el célebre flautista; Vagier, el mejor empresario que ha tenido el teatro Real, y una porción más.

¡Quién lo diría! Yo, que tengo el carácter más inquieto del mundo, quería ser boticario.

Mi ideal era pasarme la vida en la trastienda y reunir en invierno, alrededor del brasero, una tertulia como la de Chiarlone, que era para mí el hombre más superior del mundo. Hasta el gorro con borla, que gastaba aquel excelente señor me entusiasmaba, y en mis aspiraciones entraba el tener un gorro como aquel.

Impulsado por mi afición á la farmacia, yo le llevaba á Chiarlone las pruebas de un periódico de que él era director, y que se llamaba *El Restaurador farmacéutico*, y mientras el buen señor las leía y las corregía, no perdía yo ripio de cuanto se hablaba en la tertulia.

Los artistas y la gente del teatro Real contaban éxitos, ovaciones, ganancias fabulosas, lluvias de flores y de oro, amoríos y batallas de estrenos. Los políticos fraguaban complots (era en tiempo de los moderados), disfraces, reuniones secretas con todo el aspecto de una novela terrorífica; sublevaciones de tropa, combates en las calles, victorias y entorchados para los militares y carteras y triunfos parlamentarios para los paisanos.

La tertulia de la farmacia me llenó la cabeza de viento. Unas veces me veía yo en imaginación cantando *El Trovador*, con una pluma negra muy grande en el caseo, y otras me figuraba haciendo fuego con un trabuco detrás de una barricada y no dejando en pie á bicho viviente. Mi ideal de ser boticario se fué debilitando poco á poco ante el brillo del teatro y de la política; y estando yo entonces en la edad en que se forma el carácter, las impresiones que recibí en la farmacia de Chiarlone decidieron mi carrera, y juntamente con los acontecimientos me hicieron político primero y empresario más tarde, cuando me cansé de la política.

Después de todo el teatro y la política se llevan poca diferencia.

Mi padre, era un liberal acérrimo, íntimo de Sixto Cámara; buena parte de la tertulia de Chiarlone lo era también suya y además visitaban nuestra casa otros personajes del partido, como D. Telesforo Montejo Robledo, don Ricardo Muñiz, Aguado y Mora, el amigo de Espartero D. Marcelino Luna y Moreno Benítez. Luego se desengañó de la política y los mayores disgustos se los he dado yo. Pero en fin, entonces era un liberal de los más fervientes, dispuesto á cualquier cosa para conseguir el triunfo de sus ideas.

Llegó un momento en que los amigos del general Prim no encontraron quien les hiciera sus impresiones revolucionarias, y por lo tanto clandestinas, y recurrieron á mi padre.

En nuestra casa se tiró el manifiesto de Prim, del cual se hicieron la friolera de 80.000 ejemplares. Las cuartillas eran de puño y letra de Carlos Rubio, que á la sazón se hallaba emigrado en Portugal. Por cierto que estuvimos trabajando toda la noche, y cuando al amanecer salió la gente de un baile de máscaras del teatro Real, mucha se paraba delante de una ventana baja que tiene nuestra imprenta, y que da á la calle de los Caños, y se ponía á ver cómo trabajaban las máquinas. ¡Qué poco podían sospechar que aquella impresión que hacíamos á puertas y ventanas abiertas era una proclama revolucionaria que podía costarnos una condena de presidio, y que las hojas de papel que salían de la Marinoni iban á ser ariete que derribase el trono de doña Isabel II!

Yo hice mucho la propaganda de aquel manifiesto, repartiéndose con profusión por todas partes, con peligro de mis huesos. Otras impresiones de documentos que dieron mucho ruido, se hicieron en mi casa, verdadera imprenta oficial de la revolución. Allí hacíanse los números del *Boletín Revolucionario*, del cual se publicaron doce números, y tenía una tirada de 12 y 14.000 ejemplares.

Durante mis visitas á la farmacia de Chiarlone, había reparado en mi Baguier, el empresario del Real, de quien he hablado antes; y sea le agradase mi desparpajo, ó qué observara mi afición á las cosas del teatro, es lo cierto que, habiendo vacado el cargo de jefe de la *claque*, me honró nombrándome para él.

Una noche estaba yo muy tranquilo en el paraíso del teatro Real, dirigiendo mis huestes, cuando se presentó allí un inspector de policía diciendo que tenía orden de prenderme.

A fuerza de seguir pistas falsas, la policía había dado al fin con el autor de las impresiones clandestinas que traían mareado al Gobierno. Durante mucho tiempo vigiló y molestó á Gasset y á la imprenta de *El Imparcial*, y á una porción de gente más, sin sospechar que fuese el culpable un pobre cajista de la imprenta de Ducazcal, es decir, yo, que era el que metía á mi padre en estos compromisos.

No había, sin embargo, pruebas contra mí. Todo eran simples sospechas, y yo armé un alboroto. La gente del paraíso se arremolinó en torno del comisario y mío, tomando mi defensa, porque *yo era popular*. Mis subordinados de la *claque* acudieron en mi auxilio. En resumen, aquello tomaba mal carácter, y avisaron al empresario.

Este lo era entonces D. Faustino Velasco.

Velasco acudió al instante. Estaba de frac, porque la reina asistía aquella noche á la representación. Fué á verla, la pidió una audiencia y permiso para presentarme á ella, y lo obtuvo. Resultado: que me llevaron á hablar con Doña Isabel.

—«¡Pero hombre!—me dijo la reina.—¿Por qué te prenden? ¿Tienen algún motivo para sospechar de ti? Yo sé que tu padre es muy amigo de Corral.»

Corral era el médico de cámara.

Yo no me corté. Verdad es que no me he cortado nunca ni me he apurado más que cuando me silban una obra y los periodistas se empeñan en decirlo, sin acordarse de lo mucho que los quiero.

La reina se inclinaba en favor mío cuando á su esposo el rey D. Francisco de Asís, que también estaba en el antepalco, se le ocurrió decir para explicar el que yo me metiese á imprimir proclamas revolucionarias á pesar de ser un chiquillo:

—«¡Le darán algo!»

—«Yo no necesito que me den»—contesté con verdadero brío.—«Cuando hago algo es de balde, porque soy liberal.»

A la reina debió gustarle mi independencia, porque contra el parecer de Marfori, de otros ministros que se hallaban presentes y de Berriz, gobernador de Madrid, mandó que me pusieran en libertad.

FELIPE.

(Se continuará)

La protección bien entendida

Hemos dedicado un artículo á la cuestión arancelaria, para dar cuenta del proyecto de tarifas de Aduanas que ha presentado á las Cámaras el Gobierno francés, y hacer con ese motivo algunas indicaciones sobre la importancia del comercio franco-español, y al tratar de las cuestiones de Hacienda, hemos expuesto la necesidad de examinar el problema arancelario que constituye una de aquellas cuestiones más importantes y de mayor actualidad.

Para muchos, protección á la agricultura y la industria, es lo mismo que subida de los derechos arancelarios, y lejos de ser así en absoluto, hay que distinguir las dos fases distintas que entraña el problema arancelario, á saber: los efectos que produce la elevación de la tarifa de Aduanas y la eficacia de esa medida para proteger ó defender el trabajo nacional.

Lo primero, hecho en términos generales podría servir para encarecer los artículos y restringir el consumo, sin que por ello se hiciese frente y remediara la competencia extranjera. Es decir, que podría llevar la miseria al consumidor sin evitar la ruina al productor. En esta lucha de intereses hay que tener en cuenta los opuestos que se agitan y hasta las condiciones distintas de las comarcas.

Inglaterra dió al mundo sus leyes librecambistas para buscar mercados á su potente industria, que podía desafiar toda competencia, y para conseguir, si no qué se abaratase, al menos que se surtieran con más facilidad los hijos de la Gran Bretaña, cuya agricultura era menguada, y como tal se había sacrificado á los intereses más poderosos é importantes de la industria. Así y todo, no desatendió aquellos pocos productos que se obtenían en la Gran Bretaña, ni tampoco los intereses y conveniencias de su Tesoro.

Los mismos Estados Unidos, en el reciente *bill* Mac Kinley, á pesar de su exagerado proteccionismo, que llega casi hasta la prohibición, han establecido exiguos derechos y la exención completa en ciertos artículos, como los azúcares inferiores, para favorecer á los consumidores; pero en cambio han investido al presidente de la República de una facultad discrecional, á fin de cerrar los puertos á los países que no les concedan ventajas equivalentes ó mayores, con carácter exclusivo.

En España sucede que Madrid, por ejemplo, en que por haber más consumo que producción, salvo en contadísimos ramos, le preocupa más la importación y la economía que las producciones, tiene influencia considerable la escuela librecambista, y es fácil conseguir adeptos, mientras el resto de las Castillas con sus trigos, y Cataluña, Béjar y Alcoy con sus manufacturas, piden, con razón también, que se les defienda de la competencia extranjera y se les deje que resulte remunerador su trabajo.

En otros términos: los consumidores quieren baratura y los productores que no se imposibilite el trabajo. De ahí que sea necesario, indispensable, buscar una fórmula que venga á armonizar esos encontrados intereses, si el problema se ha de resolver equitativamente y de un modo eficaz. Nada se conseguiría obteniendo que, á expensas de la agricultura y de ciertas industrias manufactureras, el pan se abaratase y las telas también, si al matar aquella riqueza principal del país se labraba su ruina y el jornalero carecía de los medios para comprar barato. Porque no hay que dudarlo, la crisis de la producción lleva en sí el germen de la miseria para todas las demás industrias y manifestaciones del trabajo y de la actividad humana.

Por otra parte tampoco debe llevarse la defensa de los productores hasta el extremo de dejarles el monopolio de la subsistencia y el encarecimiento de la vida, ni menos, por supuesto, ó impedir que el mercado interior se surta y aprovisione de cuanto necesite para cubrir el déficit de las cosechas ó la insuficiencia de las industrias. Esto, en el orden interior, que en el exterior hay que atender á que, si queremos exportar, hay que permitir las importaciones, porque el comercio es la permutación de las especies. El secreto está en que adquiramos lo que nos haga falta porque no se produzca, ó sea en cantidad insuficiente, para dar salida á lo que nos sobre y otros necesiten.

Pero las tarifas, por sí solas, no pueden ser niveladoras de precios, y con ellas no se obtendría en determinados casos más que el encarecimiento general de los artículos, no el bienestar del país. Para conseguir esto último y evitarse lo primero, hay que pensar, dentro de un verdadero régimen protector, en abaratar la producción y el transporte, con el fin de que, con igual trabajo, el propietario y el fabricante puedan vender más barato, sin temer la competencia extraña, y el consumidor, sin perder sus ocupaciones habituales, se surta con más economía. Ese resultado armónico es la prosperidad de los países.

Para conseguirlo en el nuestro hace falta que se estudien los aranceles de modo que, en relación con las exigencias de las demás naciones, podamos seguir desarrollando la exportación, sin inundarnos éstas con sus productos ni hacer una competencia ruinosa, pero que á la vez se procure disminuir los excesivos gastos de nuestra producción por medio de la *rebaja en las gabelas, la facilidad y baratura en las comunicaciones y la aplicación de los adelantos de la ciencia y la economía.*

El cultivo, como la fabricación, progresa; el abono, el riego, la maquinaria y la asociación para las labores son tan indispensables en la agricultura, como los últimos adelantos en la industria y las combinaciones financieras en el comercio. Con la rutina, el abandono y el individualismo no es posible caminar por el sendero de la civilización. Ayúdense á sí mismos los productores, y tendrán el auxilio del capital y del Estado que les conduzca al desarrollo de la riqueza y al bienestar del país.

Resumiendo, diremos que la protección bien entendida no está en elevar los aranceles como otra muralla china, sino en impedir con ellos que perezca la producción mientras se pone la misma en estado floreciente, aplicando medidas de gobierno, combinaciones de capital, enseñanzas de la ciencia y principios económicos, para abaratar la obtención del producto y el precio del consumidor.

¿Lo entenderá así el Gobierno actual?

De todas partes.

Como el sumario instruído con motivo del incendio de la Alhambra, no ha dado hasta ahora ninguna luz, la imaginación popular se ha echado á soñar, y he aquí en qué términos da cuenta de sus imaginaciones D. Francisco de Paula Valladar, en un libro precioso que acaba de publicar en Granada:

«El pueblo, el poeta creador de nuestro admirable romancero, traducirá quizá pronto en versos apasionados y exuberantes de colorido el poema fantástico del incendio de la Alhambra. Como principales personajes aparecerán esos dos moros, que venían á vengar en su llorada Alhambra los tristes recientes sucesos de Melilla; ¡como si la Alhambra tuviese algo que ver en todo eso!

»¿Quiénes son esos dos fantasmas que llegan á Granada misteriosamente, logran quedarse en el alcázar, y con el conocimiento especialísimo y detenido que el caso requiere, ponen fuego á la galería, que puede, como ninguna otra, comunicar el incendio á toda la maravillosa edificación? ¿Dónde están esos moros? ¿Dónde han habitado y cómo nadie los ha visto...?

»La fantasía popular no echa pronto esa creación, y de los últimos rasgos que desaparecen de esos dos moros de blanco alquicel y cara triste y meditabunda, surge otro personaje aún más extraño: un extranjero, de nacionalidad no bien determinada, que por emulaciones y envidias viene á destruir la Alhambra, encanto de todas las naciones.

»Quédale al pueblo espacio suficiente para ir enriqueciendo con sus originales concepciones de leyendas la historia del incendio del alcázar árabe, recordando el memorable grito de «¡Santiago, cierra España!» y que allá por los tiempos de la guerra de Africa, el ilustre marqués de Molins dijo en un precioso romance, describiendo los deseos de los africanos:

«De allí, el rapaz agareno
su vista sedienta clava
en los fecundos raudales
que nacen de la Alpujarra;
de allí desvelado sueña
los cármenes de Granada,
el oro de las iglesias,
el rostro de las cristianas.»

En nuestro artículo de ayer *Una revolución en el teatro*, hablábamos del realismo en escena y de la culebra viva que saca la Sarah Bernhardt á las tablas en el último acto de *Cleopatra*.

Con este motivo se recuerda que la primera vez que se sacó una culebra en el teatro, fué en otra *Cleopatra*, la de Marmontel.

Pero no era de carne, sino mecánica, y la construyó el famosísimo Vaucanson para la Clairon, que deseaba hacer con mucho realismo la escena de la picadura de aspid.

¡Qué diferencia de entonces á nuestro tiempo!

En el Monte de Piedad de París hay un paraguas que es un misterio.

Lo empeñó en 1804 un señor viejo que desde entonces ha venido pagando los intereses y renovando el empeño todos los años con escrupulosidad religiosa.

Noticioso de hecho tan raro, un excéntrico, de los muchos que hay en una ciudad tan grande como París, mandó un día recado al dueño del paraguas, ofreciendo desempeñárselo.

El viejo rechazó indignado el ofrecimiento, y continúa pagando intereses.

El emperador del Brasil distrae con la literatura sus ocios de monarca destronado.

En la última sesión de la Academia de Inscripciones y Bellas Artes de París se ha dado lectura á un opúsculo suyo hecho con sentencias hebráicas, árabes, sánscritas y persas sobre la cultura intelectual.

Las cosas se van poniendo feas para Stanley.

Después de las denuncias gravísimas de que ha sido objeto por parte del hermano de Barttelot, el segundo de Stanley, que murió asesinado en el centro de África, sale ahora el capitán Troup, otro de los tenientes de Stanley, acusando á éste de ser el culpable de la muerte de Barttelot y de centenares de personas más.

Troup dice que, celoso de Barttelot, abandonó Stanley á la retaguardia que mandaba su rival, y con pretexto de que lo principal eran las municiones, la dejó materialmente sin víveres y sin medicinas.

A esto se debió el fracaso de la retaguardia y la muerte de Barttelot, pues según Troup, perecieron de hambre y falta de medicinas 100 hombres, y los motines de los negros propios y los ataques de los enemigos eran diarios. A la retaguardia de la expedición no le dejó Stanley más que arroz y judías podridas, galleta agusanada y un poco de pescado seco, todo ello en cantidad que apenas bastaba para dar cuartos de ración.

Troup termina sus revelaciones contando que él mismo estuvo enfermo de gravedad una porción de semanas, y que en el certificado que le dió el médico y que obra en su poder, consta que no había medicamentos en la retaguardia. Y luego añade:

«Al fin y al cabo se vió la luz, y el mundo sabrá quien es Stanley.»

AHÍ ESTÁN «ESOS»

¡Cómo han vivido!
En la holganza placentera y sucia.
Dueños de *sigo* mismos, libres y sin cuidados.
Porque para ellos, cuando tienen familia, ésta no les quita el sueño.
Ni se ven obligados á vestir á los chiquitines, ni á calzarlos, ni á proporcionarles alimento, ni á cuidar de su educación y del cultivo de su inteligencia.
Desde el momento en que nace uno de ellos, sus padres le declaran libre.
Y él se las busca como puede, y se proporciona lo necesario para la vida.
Nace vestido, con terno natural de lanilla de color de ceniza, corte especial, como dicen los sastres, de última moda.
Pantalón, cazadora con una borla en la parte del dorso, y gorro también con borlas, imitando orejas.
Algunos de esos se malogran, ó los malogran, en la infancia.
Otros llegan á la edad viril, y son el encanto de sus conciudadanos.
Los hombres les halagan y las damas les acarician y aun les rascan.
Viven en el colmo de la felicidad, y sin temor á mudanzas políticas ni á crisis económicas, ni á decadencias literarias ó artísticas.
No se cuidan sino de su propia *personalidad*.
Generalmente habitan en casas de campo, ó cuando menos, les procuran paseos por el campo, aire puro, distracciones honestas y abrigo durante la noche, cuidados paternales.
De su instrucción, nadie se cuida.
Para ellos no hay enseñanza obligatoria.
Saben cuanto han menester para vivir.
Dónde está la comida, dónde el agua, dónde el mullido lecho.
Conocen á sus enemigos y procuran exterminarlos.
Desprecian las caricias y las amenazas de los muchachos, las burlas de las personas mayores y aun las intemperancias de los perros, en tanto cuanto no llegan á lastimarles.
Ignoro cuál será su credo político, por más que cada partido los califica de enemigos.
No sé en cuál estarán afiliados.
La vida de *esos* es muy corta.
Es caso muy raro que sucumban á consecuencia de enfermedad, salvo en épocas de epidemia.
Mueren á mano airada.
Es el sino de su raza.
La envidia, tal vez, la crueldad, los apetitos desordenados, ocasionan la muerte de esos infelices y arman el brazo del matador.
Su muerte, lejos de ser llorada, es motivo de regocijo para cuantas personas tuvieron el gusto de tratarlos.
Y en los pueblos donde residen, los tratan las personas principales, las más importantes.
El alcalde los acaricia con la vara.
El juez, si lo hay, los sonríe como á pocos compañeros al encontrarles al paso.
El médico los mira como á clientes de pago.
Y hasta el cura les da palmaditas y ve con fruición los adelantos de cada uno de ellos.
—Ese jaro es hermoso—dice—y aquel otro...
Y, si son de su propiedad, piensa en bendecirlos para que no les haga mal de ojos cualquiera bruja del pueblo, y Dios se lo perdone.

«Y Felipe Segundo allá en la tumba,
el silencio eternal mudo testigo
de las pompas mundanas;
y sordo á la verdad y á la lisonja,
ni oye el ronco clamor de las campanas
ni el tronar del cañón en la ancha lonja.»

Como escribió el duque de Frías, de la muerte del *Rey Prudente*.

Y el halagado continúa su camino ó su paseo, sin dejarse seducir por caricias, indignarse por ofensas, ni enorgullecerse por distinciones.

—¡Si él pudiese apreciar cómo le miran algunas mozas!

—Me le comía,—decía una.

—Yo le mordería de buena gana,—opina otra.

¡Libidinosas!

La muerte de alguno de esos es un acontecimiento en algunas casas.

Sus funerales son de primera clase, de lujo.

«Toman parte», como dicen las empresas de teatros en los sueltos de reclamo, todos los miembros y las *ramificaciones* de la familia, en el duelo ó en el regocijo, por el fin del desgraciado.

¡Qué infame es el hombre y cuán sanguinario!

Porque hasta ahora, como los novelistas, para aumentar el interés de los lectores, he ocultado el nombre de *esos*.

Tal vez lo habrán sospechado ustedes.

Esos... no lo digo, para no faltar á la pulcritud necesaria.

Esos...!

Los verán ustedes colgados, en *cuadros*, en las puertas de las salchicherías, como en las roperías de la calle del Sr. Berrueco (antes «de la Cruz») los gabanes de muestra.

Esos... esos... son los cerdos.

Un filólogo creé que así debiera designarse á los naturales de Cerdeña.

Porqué, como él dice, *sordos* son los toros de mal pelo.

EDUARDO DE PALACIO.

NUESTROS TELEGRAMAS

La estudiantina «El Fígaro.»

(DE NUESTRO SERVICIO PARTICULAR)

Burdeos 4 (8,15)

La estudiantina *El Fígaro*, llegada á Burdeos hace algunos días, ha debutado en Folies Bordelaises.

Los músicos españoles han alcanzado el más franco, vivo y legítimo éxito, especialmente después de la ejecución de la *Patrulla turca*.

La sala estaba absolutamente llena de espectadores, los cuales, conmovidos, entusiasmados, no han cesado de prodigar á la estudiantina española aplausos y bravos.

Los músicos tuvieron que añadir á su programa dos piezas más, cuyos últimos acordes hicieron prorrumpir al público en una ovación calurosísima.

OIROM.

Manifestación patriótica.

(DE NUESTRO SERVICIO PARTICULAR)

Burdeos 3 (8,15 n.)

El día de Todos los Santos ha habido aquí una manifestación imponente.

Por la mañana las calles de la vasta necrópolis, desde que se abrieron las puertas, se vieron invadidas por multitud de personas de todas las clases sociales, que iban á depositar sobre las tumbas coronas y flores.

A las nueve menos cuarto llegaron, precedidos de bandas militares, las diez sociedades bordelesas, afiliadas á la federación de las sociedades de gimnástica.

Habíanse reunido en el patio de las Casas Consistoriales, y después de tomar la bandera de la federación, depositada en el Ateneo, se pusieron en marcha, para ir á manifestar ante el monumento erigido á la memoria de los soldados que murieron en 1870-71, en defensa de la patria.

Como todos los años, los jóvenes llevaban una gigantesca corona de siempreviva, que fué depositada al pie del monumento.

© Biblioteca Nacional de España